

EL MITO DEL CEREBRO CREADOR. CUERPO, CONDUCTA Y CULTURA

Marino Pérez Álvarez
Madrid: Alianza editorial, 2011

Eduardo García Fernández

Psicólogo Clínico

Este libro resulta un buen antídoto y refutación frente a la poderosa tendencia cerebro-céntrica que invade la psicología, pero también campos como las ciencias sociales, las humanidades e incluso la cultura popular. En la actualidad el cerebro se ha convertido en el centro neurálgico de la explicación de todos los asuntos humanos, llegando hasta el extremo de sostenerse que todo depende del cerebro e incluso que no somos más que “un montón de neuronas” como decía Francis Crick en 1.994 (*La búsqueda científica del alma*), al presentar la hipótesis revolucionaria para el siglo XXI, según la cuál “usted, sus alegrías y sus penas, sus recuerdos y sus ambiciones, su propio sentido de la identidad personal y su libre albedrío, no son más que el comportamiento de un vasto conjunto de células nerviosas y moléculas asociadas”.

El presente ensayo no arremete contra la neurociencia, sino contra la filosofía que implica, o al menos, cierto uso de ella consistente en un reduccionismo fisicalista según el cual todo sería reducible a procesos físico-químicos.

Si en la actualidad el cerebro está siendo una moda, mito e ideología, como se sostiene en *El mito del cerebro creador*, ¿qué está ocurriendo? se pregunta el autor en el prólogo. La respuesta es que el cerebrocentrismo, la tendencia a explicar las actividades humanas como si fueran un producto del cerebro lo empaña todo, y esto conlleva que se descuide el papel que tiene la conducta y la cultura en la conformación del ser humano, e incluso en la configuración del propio cerebro.

La tesis que se defiende es que el cerebro no es la causa, sino el efecto tanto de las conductas como de los sistemas culturales. Así pues tan real y material como el cerebro es la conducta y la cultura, por lo que se reivindica y recupera a la propia persona como

protagonista de los asuntos humanos. Esto a su vez implica en el caso de la psicoterapia que el objetivo es cambiar las formas de vida de la gente y no sus circuitos cerebrales. El cerebro no está al margen ni de hábitos, ni de las formas y sistemas de vida por lo tanto más que “escuchar al fármaco” mejor sería escuchar lo que la persona tiene que decir acerca de lo que le pasa. Esto es sumamente importante para llegar a entender el estatus de los trastornos psicológicos, puesto que cada vez está más claro que éstos tienen que ver con las condiciones de vida de la sociedad actual, y sin embargo existe una tendencia a verlos como si fueran parte del cerebro, e incluso se corre el riesgo de que los propios profesionales psicólogos creyéndose más científicos se dedicasen a pasar por la máquina de la neuroimagen los conceptos y los temas de psicología; así por ejemplo la atención selectiva, la memoria a corto plazo y largo plazo, la memoria declarativa, el sistema conceptual, etc. son reelaborados en términos neurocientíficos con el peligro que esto supone puesto que lo que realmente es competencia de la psicología es entender el funcionamiento psicológico, y no lo que sucede en el cerebro. La psicología estudia la conducta y no donde funciona el cerebro. Así pues, como sostiene Mike Page (citado en el libro que se comenta), después de una gran inversión de tiempo y dinero, los hallazgos neurocientíficos no suponen un avance real en el conocimiento psicológico. Los fenómenos psicopatológicos -sostiene Marino Pérez- son condiciones humanas complejas, que requieren la consideración de múltiples aspectos, entre ellos, los neurobiológicos, pero no su reducción a éstos. Sin embargo, la imagen que se transmite es que la psicopatología se reduce a desequilibrios neuroquímicos y circuitos defectuosos.

Esta imagen está prácticamente sustentada por neuroimágenes, consistentes en puntos coloreados en un cerebro, como si los trastornos estuvieran allí y eso fueran en

Correspondencia: Eduardo García Fernández. C/ Posada Herrera, 6-3ªA. 33002-Oviedo. España. E-mail: edgarsir@gmail.com



realidad. Lo cierto - continua argumentando el autor- es que las neuroimágenes se ofrecen con la presuntuosidad de que muestran la realidad de los trastornos, como si la experiencia subjetiva y demás aspectos psicológicos no se tuvieran en cuenta, cuando en la realidad son estos aspectos los que verdaderamente cualifican el trastorno y no precisamente las flamantes imágenes, con el peligro de que los actuales y futuros psicólogos sean seducidos por el magnetismo de las imágenes y ni ellos mismos acaben entendiendo lo que en realidad le está pasando a la persona. En una palabra, que se atienda más a unos puntos coloreados -lo que indica la tecnología- que escuchar propiamente lo que le está sucediendo a la persona.

Resulta interesante el capítulo dos titulado "Filosofía del cerebro: ni dualismo ni monismo, materialismo filosófico" puesto que en él se plantea la cuestión filosófica de fondo que está en la base del cerebrocentrismo; la alternativa que se ofrece frente a un monismo o un dualismo filosófico es el materialismo filosófico que viene a distinguir tres géneros de materialidad: las realidades físicas, las realidades psicológicas y realidades objetivas abstractas y culturales. Así el cerebro, la conducta y la cultura resultan tres realidades irreductibles entre sí y a la vez mutuamente integradas.

En el capítulo tres, por así decir, el cerebro se pone en su lugar, no en un pedestal para admirar cuáles son sus logros como si fuera un órgano mágico, sino incorporado en el propio cuerpo y andamiado en la cultura. Es aquí donde se postula que nunca se puede perder de vista ni dar por obvio cuando se habla de las funciones del cerebro el andamiaje cultural que lo envuelve, incluyendo tanto la presencia y preexistencia de los demás y las instituciones sociales, así como el lenguaje, las pautas educativas, etc. El cerebro está incorporado en el cuerpo y éste a vez incrustado en un medio cultural del cual depende tanto inexorable como inextricablemente. El ejemplo que utiliza es que bastaría por un momento que fallasen ciertos sistemas culturales (andamiajes) como por ejemplo, los relojes, las coordenadas espaciales o los equipos de navegación por no mencionar el lenguaje para que el cerebro se "volviera loco" como parece que ocurre en los sueños, cuando el mundo se encuentra propiamente en suspenso. Por lo tanto el cerebro humano es el más potente entre los cerebros de las especies animales, pero también el más débil si carece de influencias sociales (andamiajes culturales, instituciones sociales).

En el siguiente capítulo, "De la poiesis del alma a la plasticidad cerebral", se argumenta que el alma aristotélica es escultora de sí misma a través de hábitos y costumbres, resaltando la plasticidad cerebral, y aquí se cita tanto a William James quien introdujo el término plasticidad en el sentido de la neurociencia actual en su obra *Principios de psicología* de 1890 vinculando la plasticidad con los hábitos conductuales, como a Cajal quien utilizó el término "plasticidad" en 1894 con independencia de W. James. Será Cajal quien mantiene que es la actividad de la propia persona (como un todo) la que posibilita el que uno pueda ser escultor de su propio cerebro. Frase que ya contiene el hecho en sí de que es la persona como un organismo funcional la que da forma, cincela o esculpe al cerebro, a través de hábitos, costumbres y prácticas culturales.

En el último tramo del libro se alude a la plasticidad como argumento contra el cerebrocentrismo ya que el cerebro es más maleable que creador. Se utilizan múltiples ejemplos de investigaciones en la plasticidad como son: los canarios, los músicos, los taxistas, o cualquiera que sepa leer. La escritura como magnífico ejemplo de "trinquete evolutivo" que impide la vuelta atrás, pero no porque esté incrustada en el cerebro, sino por estar institucionalizada formando ya parte del ambiente en el que se desarrolla la vida de la gente.

Se concluiría por lo tanto que más que acudir a reduccionismos neurocientíficos sería necesario como antídoto frente al veneno del uso ideológico del cerebro al servicio del liberalismo económico, la reivindicación de toda una tradición humanista (literatura, historia, filosofía, saber científico) que parece estar relegada o en segunda fila frente al excesivo auge de la neurociencia. Se pretende en este ensayo situar a la neurociencia en su lugar -sin restarle importancia a sus aportaciones- pero teniendo presente que el cerebro ha cambiado poco, aunque las cosas humanas han cambiado mucho y que en función de este postulado el viejo humanismo, la tradición de una larga sabiduría, que se encuentra vertida por escrito- y por cierto no en neuroimágenes- nos dice mucho más sobre el hombre y sus problemáticas. Así pues, curiosamente es necesario acudir a la antigua antorcha para guiarnos a conocer al hombre y en cambio acudir a las luces catódicas si se quiere conocer a los posthumanos. Ya lo dijo Nietzsche en *El crepúsculo de los ídolos* allá por 1.888: " el psicólogo tiene que apartar la vista de sí mismo para sencillamente poder ver algo".

